

LA HOJA DEL PUEBLO

Órgano del Partido Democrático Costarricense.

PERIODICO POLITICO Y DE VARIEDADES.

REDACTOR Y ADMINISTRADOR, JUAN CORONEL.

ADMINISTRACION GENERAL.
Calle 23, Número 47 Norte.

SAN JOSE, JUEVES 27 DE ABRIL DE 1893.

"LA HOJA DEL PUEBLO."
Se publica los días Martes, Jueves y Sábado.

Condiciones de publicación.

La suscripción importa en esta República al mes y adelantado... \$ 1.00 cts.
El número suelto vale... 0.10 "
Los avisos, por cada centímetro cuadrado, una sola vez... 0.01 "
Si se proporcionare cliché se cobrará por centímetro cuadrado... 0.01½ "
Los que anunciaren por anualidades gozarán de la rebaja de un 10 %.
Los avisos en lectura sencilla que no pasen de 20 palabras se cobrarán a razón de... 0.25 "
Los comunicados de interés general se publicarán gratis. Los de interés particular a precios convencionales, siempre que los unos y los otros estén escritos en términos cultos y convenientes.
El Editor no es responsable por los comunicados que se reciben en esta capital en la Administración General, y en las otras provincias los Agentes recibirán las suscripciones.

CALENDARIO.

ABRIL.

ESTE MES TIENE 30 DÍAS.

Miércoles 26.—Santos Ciriaco y Marcelino, papas, mrs. y Nuestra Señora del Buen Consejo.

Jueves 27.—San Toribio, arz. de Lima, conf. san Anastasio, papa, san Pedro Armentgol, santa Zita, criada.

"LA HOJA DEL PUEBLO."

EN DESCOMPOSICION.

Así se encuentran los llamados partidos políticos de Costa Rica, salvo una que otra excepción rarísima.

O es que falta patriotismo, ó no hay competentes directores, ó se hace necesario estudiar desde el *alpha* cómo se organizan los hombres en colectividad, adoptan por bandera un conjunto de principios y sirviéndose de los medios que dan la prensa y la tribuna, propagan aquéllos entre todas las clases sociales.

La primera cuestión es forzoso resolverla negativamente, porque aunque pocos en número, siempre habrá hombres patriotas en todos los tiempos y naciones; la segunda tiene con-

testación afirmativa, pues aun no vemos, ni rasgando el velo del porvenir, los caudillos civiles de talla proporcionada á las circunstancias, que sirvan de conductores al pueblo, cuando efectuada la nueva elección de Presidente, sea necesario demostrar al Poder que hay obstáculos para todos los excesos y aliados importantes para toda buena obra; la tercera, íntimamente relacionada con la anterior, casi es cierta en lo general, si se considera que la única fuerza capaz de mantener la trabazón indispensable entre los elementos diversos que forman los partidos, es la fuerza de las ideas, y entre nosotros se sabe qué es una idea para explotarla y falsearla; pocas veces para servirla con la lealtad y la honradez exigidas por la conciencia y el buen sentido.

Es natural que si en atinófera semejanza se desarrolla una agrupación cualquiera, como le faltan jefes de probada experiencia y los principios apenas sirvan de ligero antifaz para ocultar aspiraciones no sanas, entre al momento en descomposición, sin dejar huella de bien ninguna, ni menos inspirar sentimiento de pena por su desgracia.

Así ha ocurrido en este país á algunos que se llamaron partidos, los cuales nos abstenemos de nombrar por razón de que hay muchos deudos de esos cadáveres políticos y no sería cristiano hacerles sufrir nuevo dolor, poniéndoles de nuevo presente.

á los que bien están en la tumba del olvido.

Nuestra voluntad de hoy, suponiendo que tuviéramos autoridad suficiente, no es mandar á esos Lázarus que se levanten.

Siempre miramos al porvenir y lo que atrás queda lo olvidamos como inútil. Pretendemos, llevados del natural deseo de corresponder á la alta confianza que deposita en nosotros la agrupación democrática, atraer hacia su centro elementos nuevos, que hallen de ese modo campo donde ejercer su actividad, pues entristece demasiado el desconcierto que domina los ánimos y la desconfianza que impide á muchos hombres bien intencionados y aptos para la lucha, decidirse á tomar un camino cualquiera.

Por supuesto, lejos de nosotros la irreverencia de pensar que oigan los consejos de este periódico los individuos convertidos en grandes personajes por la ignorancia de sus aduladores. Los tales, en el Olimpo de su soberbia, no escuchan más voz que la de la lisonja cortesana; y LA HOJA DEL PUEBLO se empeña en dedicar sus trabajos á los que son, como ella, humildes habitantes de este pobre planeta.

Al pueblo le decimos, que es nociva para su libertad y sus derechos esa indiferencia demostrada por él en cuanto tiene relación con los asuntos públicos; una cosa es vivir en medio de las intrigas políticas, olvidando que en el trabajo están el principio y fin de la prosperidad, y otra es pensar que los deberes del ciudadano son cosa baladí y se limitan al sostenimiento de la vida del Estado. De ambos extremos debe huir-

se: del primero, porque la ruina sobreviene, el carácter nacional se empequeñece y no hay más estímulo para las acciones del hombre, que los mendrugos del presupuesto; del segundo, por-

que la noción del derecho desaparece, la dignidad se emaldea á las más degradantes situaciones y muere por atrofia la energía. Quizá en un país como este las comodidades materiales atenúen algo esos males gravísimos, pero en circunstancias tales sería Costa Rica una nación de propietarios y jornaleros con el estómago satisfecho; nunca una tierra de libres.

Es lo último precisamente lo que debemos procurar sea un hecho incontrovertible; y estudiando el modo cómo viven las más adelantadas naciones del orbe, nos convenceremos de que aun en los lugares donde impera el régimen monárquico, tiene la libertad sólido fundamento en la existencia de los partidos políticos de doctrina.

Todos saben que los demócratas somos adversarios decididos del personalismo; por consiguiente el que llega á nuestras filas no viene á prosternarse ante ningún ídolo de barro, sino á servir un ideal de reparación y de justicia. Cuando todo va desmoronándose y el espíritu público yace sepultado á más de cien codos bajo el hielo de la indiferencia, conviene á los intereses generales que se levante alguien exclamando: "Aquí los buenos hijos de la patria; aquí los que no reniegan del progreso y aman la santa libertad; á combatir sin tregua la indiferencia que nos mata; á arrancar caretas para evitar engaños peligrosos; á engrosar filas, para que los acontecimientos nos encuentren fuertes por la disciplina y por el número."

Nuestro partido tiene la noble ambición de ser ese alguien;

no por sus títulos, que son nullos, sino por la necesidad de que se enarbole la bandera de los principios, á cuya sombra viven y se desarrollan los elementos constitutivos de la felicidad de las naciones.

A CARA DESCUBIERTA.

Sí, señores! Está en lo cierto *La República*. Juan Coronel se llama la persona que viene redactando este periódico desde hace algunos meses. Ahí figura ya su nombre en el presente número. Antes quiso ocultarlo, porque discutiéndose ideas y no personas, le parecía innecesario presentarse al público. Hoy se dice que él no tiene ~~que~~ intervenir en los asuntos de política interior, y es llegada la hora de probar que los antecedentes en esta cuestión de periodismo y la práctica observada por los mismos que hoy le niegan la facultad de pensar, justifican la conducta del redactor de LA HOJA DEL PUEBLO.

Y como habremos de citar nombres propios y estamos resueltos á recoger todas las provocaciones, á cara descubierta nos presentamos desde hoy.

La República es el papel que menos autoridad tiene para censurarnos por nuestra intervención en la política. Recuerde ella en la lucha eleccionaria de ayer, cuando eran sus compañeros íntimos Gustavo Ortega, colombiano no nacionalizado; Ricardo González y González, ciudadano chileno en las mismas condiciones que el anterior, y Julio Carballo Enríquez, súbdito español que ha conservado y conserva tal carácter. Esos individuos pertenecieron al mismo bando de *La República*, hicieron propaganda por cuantos medios estuvieron á su alcance y no se les repudió entonces como extranjeros, sino que fueron aceptados sin discusión y se les recibió con los brazos abiertos.

La verdad no es más que una y el criterio honrado debe regirse siempre por los mismos principios. Si ayer esos individuos tuvieron derecho á intervenir en la política de este país y fueron parte integrante de una colectividad de la cual era vocero *La República*, cómo sin incurrir en vergonzosa contradicción censura ese mismo papel en nosotros lo que á diferentes personas aplaudió ayer?

Eso es demostrar una pequeñez moral que mueve á compasión. De otra parte, las gentes cultas analizan la idea ú opinión que defiende un periodista, y la aceptan ó rechazan según que sea buena ó mala. Buscar tras del escrito la personalidad del autor, con el objeto de dis-

cutir ésta y no los asuntos de que trata, es recurso á que siempre apelan los faltos de inteligencia y de razón.

Ahora, ya no hay lugar á dudas. El redactor se presenta á cara descubierta, y seguirá dando, no lecciones, sino amigables consejos á los que le dispensen el honor de oírlos. Si hay quien se duele porque no puede hacer otro tanto, culpe á la Naturaleza que le hizo pobre de cerebro.

Para terminar trasladamos á "El Heraldó," porque hoy le comprenden las generales de la ley, lo que dice "La República" de los extranjeros no naturalizados. Según ella, debíamos abandonar el campo, para que la inteligencia colosal de su director iluminara con sus resplandores la extensión de tierra que empieza en las orillas del tempestuoso Atlántico y va á terminar en las playas tranquilas del Pacífico.

MISCELANEA.

POR MOTIVOS de interés privado se separa del cargo de Editor responsable de este periódico nuestro buen amigo Dn. Ignacio Tavera T. Aunque él nunca tomó parte en la redacción, sus simpatías por la causa democrática le hicieron aceptar el puesto que hoy deja, sin que esto signifique la desaparición de aquéllas, sino únicamente que poderosas circunstancias impidenle continuar al frente de esta publicación.

CON MUCHA atención hemos leído la parte publicada en la Gaceta, del informe que á la Compañía del Ferrocarril de Costa Rica en Londres, dió el señor A. B. Forwood. A primera vista se nota en este caballero que es un observador inteligente y persona entendida en los asuntos que trata. Lástima grande que no llegara hasta San José, pues conociendo toda la línea férrea del Atlántico, sus informes habrían sido de mayor importancia. No obstante, si los directores del Ferrocarril realizaran las mejoras que el señor Forwood indica, la vía defectuosa que hoy tenemos para comunicarnos con Limón mejoraría notablemente.

ASPINWALL.— En días pasados la *Prensa Libre* y nosotros dimos su merecido á "La República", por haberse permitido defender á los yankees en la pretensión de quitar el nombre que le dieron los dueños, á un pedazo de tierra colombiana. Como de costumbre, aplazó la contestación el periódico de las "Notas políticas y de sociedad," y hasta la hora presente nada ha dicho. ¿Será que por tratarse de un norteamericano como Aspinwall, "La República," observadora escrupulosa de ciertas formalidades, aguarda nacionalizarse en los Estados Unidos, para emprender un trabajo serio en el asunto? Todo es posible.

CORTESÍA.— Ha llegado á nuestra mesa de redacción el programa y bille-

te de entrada para una función teatral que dará en Cartago el próximo domingo 30 la "Sociedad lírico-dramática de aficionados," á beneficio de la Junta de Educación de aquella localidad. Si se atiende al objeto de la función y á que va á representarse la obra de Echegaray titulada "Conflicto entre dos deberes," no es aventurado asegurar un éxito completo.

HACE POCOS días estuvo gravemente enferma una niña del apreciable amigo nuestro, don Francisco Mendiola Boza. Gracias á la esmerada asistencia del Dr. Giustiniani hoy se encuentra fuera de peligro la mencionada niña, por lo que felicitamos cordialmente á sus estimables padres.

LOS AMORES EN LA LUNA.— En el número próximo concluirá la publicación de este bello poemita, último que ha producido la fecunda inspiración del renombrado Campoamor. Al poemita seguirá luego un juicio crítico del mismo, por el señor doctor Santiago Pérez, notable escritor colombiano. Como notarán nuestros lectores, tenemos empeño en reproducir en la sección de literatura todos aquellos trabajos de mérito notable que nos vengan á la mano.

ALGUNAS PERSONAS nos manifiestan que les ha extrañado mucho lo exagerado ó falso del juicio que á don Rodolfo Caicedo, en su artículo rubrado "De Colón á San José," le mereció la ciudad de Limón. Ciertamente no es nuestro puerto del Atlántico como en ese escrito se le pinta, mas ello acaso obedece á las particulares circunstancias en que se hallaba el señor Caicedo. Tal vez el estado de su ánimo por una primera ausencia de la patria, algunas dificultades de las que se presentan á los que en tierra extranjera carecen de amigos, pudieron ser la causas de su ataque á Limón, inmotivado por lo que á la verdad de las cosas se refiere, pues en aquella población todo mejora de día en día, hasta el punto de que familias acostumbradas á las comodidades del interior de la República, van allí de paseo en todas las épocas del año, buscando muchas veces salud, y siempre distracción y placeres.

LITERATURA.

LOS AMORES EN LA LUNA

(Poema de don Ramón de Campoamor.)

CANTO PRIMERO.

I.

No hay dicha en este mundo; hé aquí un gran
Para escribir, como escribir contigo, [tema
Un poema que, triste por ser mío,
Será más bien un sueño que un poema.

II.

Doña Isabel de Portugal, esposa
Del Rey y Emperador Carlos primero,
Miraba al Rey, su primo y compañero,
Con ojos que veían otra cosa;
Y es que, aunque fiel casada,
Siempre fija en el cielo la mirada,
A través de un gentil sonambulismo,
Se juzga de Lombay enamorada,
(Y amar, ó creer amar, todo es lo mismo).
Y, cada vez que su extravió nota,
Más que amante, devota,
Con conciencia intranquila

Haciendo cruces la inocente, agota
Toda el agua bendita de la pila.

III.

No hay cosa más común en los amores
Que esos vagos ardores
Que nuestras almas llenan
De unas locas visiones que envenenan,
Así como envenenan muchas flores.
¡Cuántas mujeres veo
Que del amor padecen el martirio,
Y que adorando un hombre con delirio,
No han llegado jamás ni aun al deseo;
Castas mujeres que en secreto adoran,
Y que son adoradas sin medida.
Y que á veces también, aunque lo ignoran,
Son la oculta novela de otra vida!
¡Oh Dios! ¡Cuánta alma buena
Con la mirada llena
De sueños y horizontes interiores,
Como carga importuna,
Va soñando al país de los amores!.....
¿Dónde está ese país?—¿Dónde? En la luna.

IV.

Al Marqués de Lombay, noble, severo,
De hombres envidia y de mujeres gozo,
La Reina le llamaba "el caballero,"
Las damas le decían "el buen mozo."
A este insigne varón, después que le hizo
Paje de honor la infanta Catalina,
Por una gran razón que se adivina
La Reina le nombró caballero;
Y por fin, el buen mozo y caballero
(Que á santo llevo un día),
Que Marqués de Lombay siendo primero
Fué después cuarto Duque de Gandía,
Gozando de la Reina la privanza,
(Sin la promesa real de dicha alguna),
Vivió en eterno estado de esperanza,
Que es vivir en un valle de la luna.

V.

¡Cuántos nobles amores
Llenos de ansias y celos,
Sin tocar en las puntas de las flores,
En el azul se mecen de los cielos;
Amores que, aunque son de pensamiento,
Embargan por entero nuestra vida,
Y que, al morir nosotros, en el viento
Se pierden como música no oída!

VI.

De este modo la Reina, embebecida,
Cruzando en ilusión los cuatro vientos,
Un colupio formó de pensamientos
Y en ellos se meció toda su vida;
Y así tan sólo á comprender alcanza
El alma más severa
Cómo puede un amor sin esperanza
Llenar de dicha una existencia entera.

VII.

Pero pregunta una mujer curiosa:
—Siendo infiel en los astros á su dueño
La grande Emperatriz y noble esposa,
¿No era culpable? Sí. ¿De qué? De un sueño.—
¿Un sueño? ¡Cuántas almas candorosas
Suelen amar contra su mismo intento,
Porque en ciertas alianzas caprichosas,
Acaso con su propio sentimiento
Se confunde el aliento
Misterioso del alma de las cosas!
¿Un sueño? ¡Cuántas vírgenes piadosas,
En un rapto de amor calenturiento
Sin restricción alguna
Se van á amar sobre lo azul del viento,
Porque tiene en los valles de la luna
Su derecho de asilo el pensamiento!

VIII.

¡Es, vive Dios, una verdad terrible
[Terrible como todas las verdades],
Que un corazón sensible
Para huir de las frías realidades,
Convirtiendo en posible lo imposible,
Conducido por mano de las hadas,
Se tenga que escapar de lo invisible
Por las oscuras puertas entornadas!

IX.

¡Oh sueños del amor y de la gloria!
¿Quién no tiene en la luna algún amante?
Oíd de esa pasión la eterna historia:
Se llega á ver un ser un solo instante,
Y después va empezando aquel semblante
A flotar vagamente en la memoria.
¿No veis esa mujer que está delante?
—Sí.—¿Quién es?—Una sombra encantadora
Que, cruzando más rápida que un ave,
Pasa, mira, nos ciega, se enamora;
La vamos á seguir y se evapora,
¿Quién será? ¿Qué será? Nada se sabe.
¿Dónde se fué? ¿Qué hará? Todo se ignora.

CANTO SEGUNDO.

I.

¿No estáis, lectores míos admirados
De ver, ora en ausencia, ora en presencia,
Lo mucho que interviene en la existencia
La diosa de los mundos encantados?

II.

Oíd por boca del amor más tierno
El placer infinito que se siente

En la interior visión del mundo externo.
A una niña inocente
—¡Te aburriré! di, —su madre le decía.
Y la niña, risueña, respondía:
—No, madre; me distraigo interiormente. —
¡Modelo de los que aman sin medida!
La niña interiormente distraída,
Como ella fantaseando hechos y cosas,
Entretienen mil almas virtuosas
Este inmenso bostezo de la vida!
¡Oh ilusión adorable,
Hija del cielo y de la dicha hermana.
A no ser por tu magia soberana
Nos mataría el tedio inexorable,
Eterno fondo de la vida humana!

III
Pero mi mente, como todas vuela,
Y de la grande Emperatriz se olvida;
Y así, dejando á un lado la novela.
Volvamos á la historia de su vida.

IV
La Emperatriz, hacia los treinta Abriles,
Tenía una belleza incomparable.
Yo ví en un medallón sus dos perfiles,
Y la encontré dos veces admirable.
Aquel rostro tan bello
Que á su Venus después puso el Ticio,
Lo rodeaban con gusto soberano
Dos matas abundantes de cabello;
Y á su augusta altivez poniendo el sello
Las gasas de su gola y de su mano,
Sus mangas blancas y su enhiesto cuello
Le daban un aspecto puritano.

V
Aunque la Reina Emperatriz, prudente,
Detesta cordialmente
El amor que se acerca demasiado.
Ansía, estando de Lombay ausente
Corrientes de suspiros de aquel lado;
Y hasta cuenta la fama
Que, sin hacer á su pudor agravios,
Viendo unido á Lombay con otra dama
Triste ocultó la Emperatriz su llama,
Dijo "mejor" y se mordió los labios.
Pero, aunque ausente, y además casado,
En pensar en Lombay su alma se aferra,
Y con gentil cuidado
Soñando en el ausente idolatrado.
Para verlo mejor los ojos cierra,
Y tiene así, de su deber al lado,
El alma en lo ideal y el cuerpo en tierra.

VI
Pero esto, me diréis, ¿no es ser demente?
Cuando se ama en extremo es lo ordinario
Ser un poco demente y más que un poco.
Pues siempre fué y ha sido necesario
Para ser muy feliz ser algo loco.
Y en su amor, locamente extraordinario,
Mientras se postra ante ella el mundo entero,
La Emperatriz con culto verdadero
Se arrodilla ante un ser imaginario.
Mas salvando el honor de su marido.
Siempre el amor con el pudor hermana,
Y así vive, aunque infiel la Soberana.
Con la conciencia del deber cumplido;
Y nunca de la altiva castellana
Puede ser el secreto sorprendido,
Pues sólo antes que alumbre la mañana
Es cuando, astuta, si lo ve dormido,
La frente de Edimión besa Diana.

VII
Mas, ¿qué han de hacer, ¡Dios mío!
Sino buscar consuelo en las estrellas
Las reinas que, en sus horas de vacío,
Ven que toman los reyes para ellas
La forma del deber ó del hastío?
¡Ah! sí; mientras la Reina sin fortuna
Cumpla como buena sus deberes,
Don Carlos, en sus múltiples placeres,
Sin miramiento ni prudencia alguna,
No sólo idealmente á las mujeres
Las conduce á los valles de la luna,
Sino que en la vehemencia
De su insaciable pecho,
La realidad agota su conciencia,
Y llama, cual Calígula en demencia,
La misma luna á compartir su lecho.

(Concluirá.)

VARIEDADES.

LA MADRE DE NAPOLEON I.

No hace mucho que el barón de Larrey, del Instituto de Francia, publicó, en dos volúmenes, bajo el título de *Madame Mère*, un estudio psicológico sobre el carácter de la madre de Napoleón I, obra que dió ocasión á la *Revue des deux Mondes*, para publicar un interesante artículo de Valbert.

De él traducimos los siguientes párrafos, que dan idea bastante completa del conjunto de la obra.

"Mi padre—escribía Napoleón I—se casó con la noble y virtuosa mujer María Leticia Ramolino. Desde su juventud, mi madre reunía, á sus prendas físicas, sólidas virtudes, que con el tiempo habían de hacer la felicidad de su esposo, y el objeto de la ternura de sus hijos." Decía también "que era bella como los amores."

Cierto día, en Bastia, estaba confesándose, y su belleza impresionó tan hondamente al sacerdote, que hubo de llamarle al orden. Una persona, á quien no puede tacharse de sentimental, refería que á los cincuenta y tres años de edad conservaba tan admirables vestigios de su belleza, que al respeto que inspiraba, se mezclaba el amor. Napoleón decía, además, que había nacido para gobernar un reino. En efecto, todo induce á creer que habría sido una reina sabia; y muy lista, á condición, sí, de que su reino fuese pequeño, pues no tenía ni el gusto ni el genio de la alta política. Su verdadera vocación era gobernar su casa, su hogar, mantener el orden y la paz en la familia, conciliar intereses encontrados, apaciguar las querellas, dulcificar el amor propio en los demás, y hacer oír la voz de la razón á todo el mundo. Si Napoleón no le debió su imaginación, sí heredó de ella aquel espíritu de orden, de disciplina y de gobierno, que más tarde le permitió organizar un país devorado por las discordias civiles y la anarquía, dándole instituciones que aún subsisten.

Pero en un momento de impaciencia y de mal humor Napoleón dijo: "Madame Leticia es una burguesa," y sabía lo que decía.

Quería que ella alzase sus costumbres, sus maneras, su lenguaje y sus sentimientos, á su nueva condición, que levantara la voz á más alto tono, y que aprendiera y gustara el arte del fingimiento. Sin embargo, siguió siendo la de siempre; mudó de fortuna, pero no de carácter; había en ella algo incorregible é inmutable. Conservó su manera natural de hablar, y nunca modificó el acento natal. "A propósito de mamá, decía el primer Cónsul á sus hermanos, José debiera suplicarle que no me diga *Napolione*, sino simplemente Bonaparte, como me llaman todos, y nunca *Bonaparte*, que sería aún peor que *Napolione*. Que diga el Primer Cónsul, ó el Cónsul, á secas! Sí, prefiero eso. Pero el *Napolione* me impacienta." Bien podía impacientarse, pues por mucha confianza que tuviese en el genio de su hijo, César fué siempre para ella *Napolione*. Lo admiraba, pero no se dejaba imponer de él. Napoleón era dueño de Europa, pero ella sólo lo consideraba como cuando vino al mundo, con su cabezota, chillando, moviéndose mucho, y chupándose el dedo pulgar, mientras se le presentaba ocasión de chuparse el universo.

Nació burguesa y fué burguesa toda la vida. Ocupada en el gobierno de su casa, se consagró por completo al cuidado de sus intereses de familia. Madre, en la más amplia acepción de la palabra, amaba á sus hijos como aman los animales á sus pequeñuelos, pero los reprendía, los sermonaba, y no se forjaba ilusiones acerca de ellos; les castigaba debilidades y travesuras y se burlaba de sus pretensiones. Si tenían algún contratiempo, les devolvía toda su ternura; y según sus propias palabras, "quería más al más desgraciado." Finalmente, ni la gloria ni la prosperidad la desvanecían ni ofuscaban su buen sentido, siempre reposado y cauteloso. Los aduladores y los chismosos le inspiraban invencible aversión. Un día que el Cardenal Maury le prodigaba elogios, que juzgó excesivos, le dijo: "Vamos! señor Cardenal, si doy oídos á todo lo que me decís hoy, ¿qué os quedará para mañana?"

Odiaba la lisonja, el boato, la ostentación, todo lo que parecía pompa. No gustaba de ceremonias, ni de recepciones oficiales, y sólo se presentaba en ellas compelida por fuerza mayor. Rehúsó siempre formar corte: su único placer consistía en reunir en rededor suyo á su familia; y se quejaba de que siendo madre de cuatro reyes, no tuviese un hijo que la acompañara.

El Emperador criticaba á su madre su "exagerada economía," y todos la acusaban de una parsimonia rayana en avaricia. M. Larrey ha hecho mucho por justificarla y encontrarle circunstancias atenuantes; pero si hubiese sido menos económica, habría dejado de ser quien era, y hay que aceptar á las personas con sus defectos.

Desde su juventud supo apreciar el valor de un ochavo. Cuando una mujer que no es rica, tiene ocho hijos y marido buen mozo, de buenas maneras y que gusta de figurar, no se le puede echar en cara que escatime la pitanza y no suelte con facilidad los cordones de la bolsa. Aquella casa corsa parecía, como alguien dijo, colegio ó convento: "rezo, sueño, estudio, comidas, diversiones y paseo, todo estaba tasado, calculado y medido."

Cuenta M. Larrey que en 1787 fué Napoleón á Ajaccio á pasar las vacaciones de oficial de artillería; se encontró en la escalera de la casa paterna con una moza aldeana, que le ofreció una rebanada de *cacio*, ó queso fresco. Y en cambio de aquella atención, le dió un escudo de seis libras, con lo cual escandalizó grandemente á la *signora* Leticia. Pero él, por toda respuesta, y mientras la aldeana se iba alejando, agarró á su querida mamá por la cintura, y le hizo dar unas vueltas de valse, que por poco no le perdona.

Después de la muerte de Carlos Bonaparte, su tío Luciano, que era más avaro que Leticia, se encargó de administrar la modesta fortuna de la familia. "Guardaba el oro entre los cobertores de la cama, en un saco de cuero," según decía el mismo Napoleón. "La traviesa Paulette (Paulina, hermana de Napoleón) se permitió una mañana, en presencia de todos nosotros, vaciar la bolsa y derramar por el suelo una cascada de monedas de oro. El arcadiano, en el colmo de la desesperación, se quedó mudo, y seguía ávidamente con los ojos los doblones que se extraviaban debajo de los muebles. Finalmente, tamaño peligro le devolvió la voz: gritó y juró por todos los santos del cielo que ese dinero era un depósito, que no era suyo.

Nosotros reíamos; la *signora* Leticia regañaba y recogía el oro sin descuidar ni las más pequeñas monedas.

Educada en buena escuela, aquella mujer, que no olvidaba nada, recordaba que en Marsella había tenido que ingeniar para ganar el pan de cada día. En esa época de proscripción y de miseria se levantaba antes que sus hijas; enviaba una de éstas á hacer la compra del día, encargaba á otra del cuidado de la casa, y á la tercera de la contabilidad.

Esa época había pasado ya; todo había cambiado, excepto el modo de ser y las costumbres de Leticia. Veía á Elisa, á Paulina y á Carolina rivalizar en lujo y en elegancia con sus nuéras. Pensaba siempre en el porvenir y en las inconstancias y veleidades de la fortuna, en las grandes calamidades que suceden en lo general á las grandes venturas, y por grande que fuese su admiración por el genio de su hijo, veía en él un hombre capaz de abusar y temía sus excesos. Se decía: "todo esto puede acabar, y qué será entonces de estos muchachos, cuya imprudente generosidad no mira ni atrás ni adelante?" Desde 1812, si hemos de creer al Archiduque Carlos Luis de Austria, ya solía decir: "¡Con tal que dure!"

En más de una ocasión dijo que sus días de esplendor habían sido para ella de inquietud y de pena, que llevaba en el corazón más pesares que alborozo. Su buen sentido, siempre inquieto, su espíritu estrecho, pero firme y recto, que no se engañaba, su clarividencia de madre de familia, el terror, la an-

siedad que inspiraba un hijo listo siempre á lanzarse en nuevas aventuras, y que parecía complacerse en desafiar hombres y dioses, eran bastante á amargarle la vida. Bien que ella no decía nada, creo fundadamente que tenía otra razón para vivir atormentada é inquieta en medio de su prosperidad. Lo que en ella había verdaderamente inmutable, era la idea que tenía acerca del gobierno de la familia y del respeto debido á la autoridad materna. No obstante esto, la consultaban poco; la razón de Estado lo resolvía todo, inclusive los matrimonios de sus hijos, lo cual la hería en su dignidad. Sabido es que increpó á Napoleón el que se hubiese hecho Emperador. No se le ocultaba que mientras más crecía en poderío, más se sustraía á su autoridad de madre. ¿Guardaba él el respeto que los hijos deben á sus padres?

Esa mujer, que menospreciaba la etiqueta, era exigente en todo lo que concernía á sus relaciones personales con el soberano. Durante las seis semanas que estuvieron al alumbramiento de María Luisa, sólo Leticia y las reinas de Holanda y España eran admitidas á la cabecera del lecho de la enferma. Llegó al cabo el día de una gran recepción, y el Emperador hizo quitar las poltronas de los salones, reemplazándolas con taburetes. Leticia fué á sentarse, y se detuvo, retirándose al momento, diciendo á la Emperatriz, que quiso detenerla: "Señora, si el Emperador hubiera querido que yo la acompañase en el día en que deja el lecho, me habría reservado una poltrona."

Otro día de ese mismo año, en una reunión de familia, Napoleón le dió á besar la mano, que ella rechazó vivamente, diciéndole: "Ya lo sabe usted Sir; en público lo trato con respeto, pues soy súbdita suya, pero en privado soy su madre y tengo derecho de decir: "No quiero," cuando usted dice "Quiero."

Cuando recordaba que antes, en Ajaccio, ella mandaba y todos obedecían; que si ella prohibía tocar los higos ó las uvas, y el futuro vencedor de Austertitz contravenía á sus órdenes, podía darle unos latigazos; cuando recordaba que más tarde, en Marsella, le bastaba hacer una señal para que sus encantadoras hijas fuesen á la compra con un cesto en la mano, se decía que la vida oscura tenía, sobre la de la gloria, la ventaja de que no tolera ciertas humillaciones. Tributo durante toda la vida culto al orden, que exige que los hijos acaten los mandatos de la madre. En 1802, cuando se promulgó el Concordato, decía al primer Cónsul:

"Ya no es preciso darte cachetes para obligarte á oír misa cantada."

A inteligencia sin dobleces, unía gran sencillez de corazón y apego tenaz al reducido número de ideas que trajo al mundo cuando nació.

Considerar á su hijo como amo y dueño, era cosa que á sus ojos pasaba como un trastorno de las leyes naturales.

Napoleón tenía razón al decir que Madame Leticia era burguesa, pero hacía mal en agregar que era una burguesa del barrio de San Dionisio.

Vivió fiel á sus ideas y principios, fué siempre corsa hasta la medula de los huesos. Como sus compatriotas, era dura consigo misma y capaz de soportar muchas penalidades. La felicidad no la enervó, ni la doblegó la desgracia. Sucesivamente supo la noticia de la muerte del Emperador, de dos de sus hijas y de su nieto el Rey de Roma. Tocóle en este mundo pesado lote de dolores, y sin dejarse abrumar por su peso, vivió, con la frente erguida, hasta la edad de ochenta y seis años.

VÍCTOR CHERBULIEZ.



FRENTE A LA MARINA.

BUENO, BARATO.

SIEMPRE AL CONTADO:

Manteca frita,	Apollinaris,
Cerveza San Luis,	Candelas esteáricas,
Cognac varias marcas,	Whiskey nº 8,

Arroz, Almidón.

VARIADO SURTIDO DE VINOS Y LICORES.

VINO de RIOJA, garantizado puro, á 50 centavos botella; sin casco.
10, 11, 92.—

A. L. ODIO.

PÍLDORAS DE VIDA

DEL DOCTOR ROSS.

Para las jaquecas, Para el hígado,

PARA TODAS LAS AFECCIONES BILIOSAS,

PARA MALES DE ESTOMAGO,

Para todas las formas de DISPEPSIA

Y PARA TODAS

las impurezas de la sangre,

DOSIS DE 1 Á 4 PÍLDORAS.

40 píldoras en cada frasco.

VENTA EN TODAS LAS BOTICAS.

AGENTE GENERAL EN COSTA RICA,

A. L. Odio.

Frente á "La Marina."

18, 11, 92.

Almacén Americano

Establecido en 1869.

Importadores de mercaderías en general, especialmente en el ramo de

FERRERIA.

MORRELL Y Co.

7ª Avenida, frente al Parque Central.

IMPRENTA

DE

"LA HOJA DEL PUEBLO."

Cuenta con los elementos necesarios para atender á las órdenes del público en todo lo concerniente al arte tipográfico.

JEFE DEL ESTABLECIMIENTO, IGNACIO TAVERA T.

Los precios, serán además tan módicos, como en ningún establecimiento de su clase.—Calle 23, N° 47 Norte.

La Española.

ALMACÉN DE



DE

FRANCISCO SOLER.

La Venus.

5ª AVENIDA, OESTE, N° 301.

A precios sin competencia en esta plaza, se venden relojes, anillos, revólveres, leontinas, prendedores, cadenas y toda clase de alhajas.

ROPA DE SEGUNDA MANO,

en buen estado, casi regalada. Rebozos y pañolones de seda sumamente baratos. Dinero á interés sobre prendas, desde 25 centavos hasta mil pesos, á un interés módico.

Servicio esmerado,

SECRETO ABSOLUTO É INTERÉS MODERADO.

En el mismo establecimiento se realizan abarrotes, conservas y comestibles; todo de lo mejor y más exquisito que se importa á este mercado.

Tenemos el mejor vino legítimo BORDEAUX garantizada su pureza, á

UN PESO BOTELLA.

En el mismo establecimiento está en venta un piano muy barato.

Jaime J. Ross & Co

TIENEN COSNTANTEMENTE PARA LA VENTA

A precios baratísimos

Manteca de puerco

Harina el "Gallito"

Maíz blanco.

Azúcar de varias clases

Escobas, Aipiste

Mantequilla

Arroz CAROLINA

Provisiones en general. Vinos, Cognacs y Whiskeys.

LECHE CONDENSADA, CERVEZA ESTRELLA y LEONA.

Tip. "LA HOJA DEL PUEBLO."